

HOLLY MILLER



CUANDO
SONÉ
CONTIGO

¿ELEGIRÍAS EL AMOR,
SI SUPIERAS CÓMO TERMINA?

LIRA

Vuelve a emocionarte

LIRA

Cuando soñé contigo

Holly Miller

Traducción de Cristina Riera

LIRA

Contenido

Portada

Página de créditos

Sobre este libro

PRÓLOGO

Capítulo 1

PARTE 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24

PARTE 2

Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48

Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52

PARTE 3

Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61
Capítulo 62
Capítulo 63
Capítulo 64
Capítulo 65
Capítulo 66
Capítulo 67
Capítulo 68
Capítulo 69
Capítulo 70
Capítulo 71
Capítulo 72

PARTE 4

Capítulo 73
Capítulo 74
Capítulo 75
Capítulo 76
Capítulo 77

Capítulo 78
Capítulo 79
Capítulo 80
Capítulo 81
Capítulo 82
Capítulo 83
Capítulo 84
Capítulo 85
Capítulo 86
Capítulo 87
Capítulo 88
Capítulo 89
Capítulo 90
Capítulo 91
Capítulo 92

EPÍLOGO

Capítulo 93
Capítulo 94

Agradecimientos
Sobre la autora

Página de créditos

Cuando soñé contigo

V.1: Septiembre, 2022

Título original: *The Sight of You*

© Holly Miller, 2020

© de la traducción, Cristina Riera Carro, 2022

© de esta edición, Futurbox Project, S. L., 2022

Todos los derechos reservados, incluido el derecho de reproducción total o parcial en cualquier forma.

Diseño de cubierta: Taller de los Libros

Imagen de cubierta: Shutterstock - TairA

Publicado por Lira Ediciones

C/ Aragó, 287, 2.º 1.ª

08009, Barcelona

info@liraediciones.com

www.liraediciones.com

ISBN: 978-84-19235-02-2

THEMA: FBA

Conversión a ebook: Taller de los Libros

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley.

Cuando soñé contigo

Una historia de amor como ninguna otra

Joel esconde un secreto. Desde que era pequeño, tiene sueños proféticos sobre sus seres queridos. Son visiones de lo que va a pasar, tanto de lo bueno como de lo malo. Para él, la única forma de evitar que estos sueños lo atormenten es alejándose de todo el mundo y cerrando la puerta al amor.

Callie no consigue dejar atrás el pasado. No ha vuelto a ser la misma desde que perdió a su mejor amiga y, aunque sabe que necesita ser más espontánea y perseguir sus sueños, no se atreve a dejarse llevar.

Cuando se conocen por casualidad, Joel y Callie tienen la sensación de que es el comienzo de algo que cambiará sus vidas para siempre. Hasta que, una noche, Joel sueña con Callie, y es la visión que jamás habría querido tener...

Emocionante como pocas novelas, *Cuando soñé contigo* es el inolvidable debut de Holly Miller, una historia de amor lírica y desgarradora, de fragilidad y resiliencia, sobre el valor necesario para amar, incluso aunque sepamos que no durará para siempre.

«Acabo de terminarlo y no puedo dejar de llorar. Qué libro tan extraordinario. Está escrito de una forma exquisita, es increíblemente conmovedor y es imposible dejar de leerlo.»

Beth O'Leary, autora de *Piso para dos*

«Algunos libros te desgarran, incluso mientras te maravillas de lo extraordinariamente escritos que están. *Cuando soñé contigo* es uno de ellos. Holly Miller, con sus sorprendentes metáforas y su retrato delicado sobre una relación desventurada, ha creado una novela que es única e impresionante, y dolorosa y rota y perfecta... como el amor. Todavía estoy llorando y, sin embargo, lo único que me apetece es sentarme y volver a leerla».

Jodi Picoult, autora de *Pequeñas grandes cosas*

«Este libro me hizo llorar. No puedo dejar de pensar en Callie y Joel y en cuáles serían mis elecciones en sus circunstancias. Hermoso y sobrecogedor».

Jill Santopolo, autora *best seller* de *La luz que perdimos*

«Una novela impresionante y escrita con maestría sobre el destino, los sueños y el amor desinteresado... Rompe el corazón y a la vez es revitalizante. Los lectores deberán estar preparados para llorar».

Publishers Weekly

«Los fans de *La luz que perdimos* y *La mujer del viajero en el tiempo* caerán rendidos ante esta novela desgarradora pero que, en última instancia, reafirma la vida».

Booklist

«Esta novela conmovedora será un *best seller*».

Cosmopolitan

Prólogo



1

Callie

«Joel, lo siento mucho. Volver a verte así... ¿Por qué me he subido al tren? Debería haber esperado al siguiente. No habría importado. De todas formas, me he pasado la parada y hemos llegado tarde a la boda.

En lo que ha durado el trayecto hasta Londres, solo he pensado en ti y en lo que habrías escrito en la nota que me has dado. Luego, cuando por fin la he leído, me he quedado mirándola y, al levantar la vista, me he dado cuenta de que habíamos pasado la estación de Blackfriars hacía rato.

Yo también tenía un montón de cosas que quería (y necesitaba) decirte. Pero me he bloqueado en cuanto te he visto. Quizá porque no quería irme de la lengua.

Pero ¿y si ya está, Joel? ¿Y si hoy fuera la última vez que veo tu cara, que oigo tu voz?

El tiempo pasa muy deprisa, y sé lo que me espera.

Ojalá me hubiera quedado, solo unos minutos más. Lo siento.»

Primera parte



2

Joel

Es la una de la madrugada y estoy de pie, con el torso desnudo, ante el ventanal del salón. El cielo está despejado y salpicado de estrellas, y la luna parece una canica.

De un momento a otro, mi vecino Steve saldrá de su piso, justo encima del mío, e irá hacia su vehículo, con la pequeña retorciéndose furiosa en la sillita. Da paseos en coche con Poppy en plena noche y trata de calmarla hasta dormirla con el runrún de los neumáticos y una lista de reproducción de ruiditos de animales de granja.

Aquí viene. El caminar adormilado por las escaleras, los lloriqueos de Poppy. Su brusquedad habitual para abrir nuestra problemática puerta principal. Veo cómo se acerca al coche y mete la llave; duda. Está confundido, sabe que algo que no va bien. Pero su cerebro aún está reflexionando.

Finalmente, cae en la cuenta. Suelta una palabrota, se lleva una mano a la cabeza. Da dos vueltas al vehículo, incrédulo.

«Lo siento, Steve, las cuatro ruedas, todas. Sin duda, te las han reventado. Esta noche no irás a ningún sitio».

Por un momento, bajo la aséptica iluminación de la calle, parece que se ha convertido en una estatua. De repente,

alza la vista directamente hacia mi ventanal.

Mantengo la calma. Es prácticamente imposible que me vea si me quedo quieto. Las persianas están bajadas y el piso, oscuro y en silencio, como un reptil en reposo. No hay forma de que me descubra asomado a una sola rendija. Estoy pendiente de todo.

Durante unos segundos, nuestras miradas se cruzan, hasta que la aparta y niega con la cabeza, y Poppy regala un chillido muy oportuno a todo el vecindario.

Se enciende una luz en la casa de enfrente. El brillo contrasta con la penumbra de la calle y la exasperación mana de la ventana:

—¡Venga ya, tío!

Steve alza una mano y luego gira sobre los talones para regresar al edificio. Oigo cómo sube las escaleras, con Poppy llorando a pleno pulmón a medida que avanzan. Steve está acostumbrado a despertarse de madrugada, pero Hayley necesita dormir. Hace poco que se reincorporó a su trabajo en un prestigioso bufete de abogados de Londres, así que estaría bien que no se quedara dormida en las reuniones.

En fin. Ya he completado mi lista de tareas. Las tacho de la libreta, me siento en el sofá y levanto las persianas para ver las estrellas.

Me premio con un chupito de *whisky*; así celebro los momentos especiales. Luego, me sirvo otro y me lo acabo de un solo trago.

Veinte minutos después, estoy listo para irme a dormir. Busco un tipo de descanso muy específico, y todo lo que he hecho esta noche debería ayudarme a conseguirlo.



—Siempre va sofocado —dice mi vecina Iris, de ochenta y tantos años, cuando me presento en su casa unas horas más tarde para sacar a pasear a Rufus: su labrador *beige*.

No son ni las ocho de la mañana, quizá por eso no tengo ni idea de a quién se refiere. ¿A su vecino, Bill, que aparece casi todas las mañanas con un chismorreo o un folleto extraño? ¿Al cartero, que acaba de saludarnos alegremente desde la ventana del salón?

Ay, los carteros. Siempre están o ridículamente felices o tan tristes que parece que van a echarse a llorar. No hay término medio.

—Ha estado durmiendo sobre las baldosas de la cocina para estar fresco.

Claro. Está hablándome del perro. Ocurre más a menudo de lo que me gustaría: estoy demasiado agotado como para seguir conversaciones banales con personas que, como mínimo, me doblan la edad.

—Buena idea. —Sonrío—. Puede que hasta yo lo pruebe. Me lanza una mirada circunspecta.

—Así no conquistarás a ninguna mujer, ¿eh?

Ah, las mujeres. Pero ¿cuáles? Iris parece convencida de que hay una cola de mujeres en algún lugar, dispuestas a dejarlo todo para salir con un tío como yo.

—¿Crees que podrá mantener el ritmo? —pregunta, señalando a Rufus—. ¿En la calle, con este calor?

He sido veterinario, aunque ahora ya no ejerzo. Pero creo que a Iris la tranquiliza mi trayectoria profesional.

—Hoy hace menos calor —le aseguro. Tiene razón en que las temperaturas han sido cálidas últimamente, y más para estar ya en septiembre—. Iremos al lago de las barcas y chapotaremos un poco.

Sonríe.

—¿Tú también?

Niego con la cabeza.

—Prefiero atentar contra el orden público en horas intempestivas. Así es más emocionante.

Se le ilumina el rostro como si mis bromas pésimas fueran el mejor momento del día.

—Qué suerte tenemos de contar contigo... ¿No es así, Rufus?

A decir verdad, Iris también mola bastante. Lleva unos pendientes con forma de frutas y tiene una suscripción *premium* a Spotify.

Me agacho y le pongo la correa a Rufus, que se levanta sobre las cuatro patas.

—Sigue teniendo un poco de sobrepeso, Iris. Eso no lo ayudará contra el calor. ¿Cómo lleva la dieta?

La anciana se encoge de hombros.

—Es capaz de oler el queso a cincuenta pasos, Joel. ¿Qué te voy a contar?

Suspiro. Llevo ocho años sermoneando a Iris sobre la alimentación de Rufus:

—¿Qué trato teníamos? Yo lo saco a pasear y tú te ocupas del resto.

—Ya lo sé, ya lo sé. —Empieza a echarnos del salón con el bastón—. Pero es que no puedo resistirme a esa carita.



Llego al parque con tres perros a la zaga (además de a Rufus, paseo a otros dos perros de expacientes con movilidad reducida. También hay un cuarto, un gran danés que se llama Bruno. Pero está traumatizado y no socializa bien, y tiene mucha fuerza, así que a ese lo saco cuando oscurece).

Aunque ha refrescado por la noche, mantengo la promesa que le he hecho a Iris de llevarlos al lago de los

botes. La alegría se apodera de mí cuando los suelto y, como si fueran caballos, entran al galope en el agua.

Respiro hondo. Una vez más, intento convencerme de que ayer por la noche hice lo correcto.

Tenía que serlo. Prácticamente durante toda mi vida, he tenido sueños proféticos y visiones lúcidas que me sobresaltan y me despiertan. Me revelan lo que va a suceder, tal vez en unos días, meses, años. Y los protagonistas siempre son mis seres queridos.

Estos sueños aparecen, como mínimo, cada semana; la proporción entre los que son positivos, neutros y auténticas pesadillas es bastante equilibrada. Lo peor son las premoniciones funestas: accidentes y enfermedades, dolor y miseria. Por eso siempre estoy nervioso y en alerta máxima. Me pregunto cuándo volveré a cambiar el rumbo del destino, a tener que darme prisa para boicotear los concienzudos planes de alguien.

O peor: salvar una vida.

Sigo con mis obligaciones caninas desde la orilla del lago y me encuentro con un grupo de paseadores de perros, pero les regalo una sonrisa y los rehúyo. Se reúnen casi todas las mañanas junto al puente y, si cometo el error de establecer contacto visual, me hacen señas para que me acerque. He mantenido las distancias desde el día en que empezaron a hablar sobre cómo dormir bien, así como sobre remedios caseros, terapias, pastillas y rutinas (me excusé y desaparecí. No he vuelto a acompañarlos desde entonces).

Es un tema que me afecta mucho. En mi desesperación por pasar las noches sin soñar, he probado de todo: dietas; meditación; frases motivacionales; lavanda y ruido blanco; lácteos bebibles; pastillas para dormir con efectos secundarios; aceites esenciales; ejercicio físico tan agotador que tenía que parar para vomitar; periodos esporádicos de borracheras descomunales cuando tenía

veintitantos, bajo la premisa equivocada de que podría alterar los ciclos de sueño. Sin embargo, tras años y años de experimentos, se demostró que mis ciclos eran imperturbables. Nada podrá cambiarlos.

Con todo, las matemáticas dictan que menos horas de descanso significan menos sueños. Así que ahora me quedo despierto hasta altas horas de la madrugada, con la ayuda de las pantallas y un consumo alarmante de cafeína. Solo entonces me permito un breve descanso. He entrenado a mi cerebro para que me despierte al cabo de unas pocas horas.

Y esta es la razón por la que ahora mismo siento la urgente necesidad de tomar un café. Llamo a los perros con un silbido y me dirijo hacia el camino que bordea el río. En la carretera que queda a la derecha, la vida empieza a ponerse en marcha. Tráfico de hora punta, ciclistas, trabajadores a pie, furgonetas de reparto. Una orquesta discordante que se prepara para entonar la banda sonora de una mañana normal de un día laborable.

Me provoca cierta nostalgia de normalidad. Ahora mismo no tengo el espacio mental suficiente como para conservar un trabajo remunerado, amistades o la salud. La preocupación y la falta de sueño me dejan hecho polvo, distraído, nervioso.

Aunque solo sea para evitar que todo esto acabe conmigo, sigo unas normas más o menos laxas: hacer ejercicio a diario, no beber demasiado alcohol y rehuir el amor a toda costa.

En toda mi vida, tan solo he confesado la verdad a dos personas. Y la segunda vez, juré que sería la última. Por eso no puedo explicarle a Steve que ayer por la noche actué para evitar una premonición funesta que atañía a Poppy, mi ahijada, a quien quiero tanto como a mis sobrinas. Lo soñé con todo detalle: Steve, exhausto, se olvidaba de frenar en un cruce y el coche se estampaba contra una farola a

cincuenta kilómetros por hora, con Poppy en el asiento trasero. Después del accidente, tenían que seccionarla para sacarla del coche.

Había tomado las medidas necesarias. Por eso me merecía ese *whisky* doble, aunque está mal que lo diga yo.

Vuelvo a poner las correas a los perros y me dirijo hacia sus casas. Tendré que evitar a Steve durante una temporada, al menos. Cuanto más desapercibido pueda pasar, menos probable será que me relacione con lo que ocurrió ayer por la noche.

Una vez haya devuelto a los perros a sus respectivas casas, buscaré una cafetería en la que refugiarme, pienso. Un lugar en el que pueda tomarme un café tranquilamente, en un rincón, anónimo e inadvertido.

3

Callie

—Es imposible que nunca te haya pasado. —Dot y yo estamos limpiando las mesas de la cafetería después de cerrar mientras intercambiamos teorías sobre el cliente que se ha ido sin pagar. Es mi momento preferido del día: cuando termina la jornada y devolvemos un poco de brillo al establecimiento. Al otro lado del ventanal, el aire de principios de septiembre es tan cálido y delicado como la piel de un melocotón.

—Tal vez ha sido sin querer —sugiero.

Dot se pasa una mano por el pelo corto y rubio decolorado.

—En serio. ¿Cuánto hace que trabajas aquí?

—Dieciocho meses. —Me parece más increíble cada vez que lo digo.

—Dieciocho meses y todavía no te habían hecho un «simpa». —Dot niega con la cabeza—. Debes de tener un don.

—Estoy segura de que simplemente se ha olvidado. Creo que Murphy lo ha distraído.

Murphy es mi perro, un cruce de color negro y marrón. Bueno, no es exactamente mío. La cuestión es que vive a

cuerpo de rey siendo la mascota residente de la cafetería, porque nunca se acaba la gente que viene y quiere acariciarlo y pasarle comida de tapadillo.

Dot resopla.

—Lo único que se ha olvidado ha sido la cartera.

Nunca había visto a ese cliente. Claro, que nunca había visto a gran parte de los clientes de hoy. La cafetería de la competencia, situada en la cima de la colina, suele absorber la procesión de trabajadores de Eversford, el pueblo comercial en el que he vivido toda la vida. Pero esta mañana ha cerrado sin avisar y los clientes habituales han empezado a entrar en silencio en cuanto hemos abierto, todos de traje oscuro con raya diplomática, zapatos lustrados y oliendo a loción para después del afeitado.

En cambio, este cliente era diferente. De hecho, me da hasta vergüenza admitir lo mucho que me ha llamado la atención. Era imposible que se dirigiera a ninguna oficina: su pelo oscuro acababa de salir de la cama, y el agotamiento lo abrumaba, como si hubiese pasado una noche muy dura. Al acercarme para tomarle nota parecía distraído, pero, cuando por fin ha girado los ojos hacia mí, los ha clavado con intensidad, sin apartarlos.

No hemos intercambiado más que un par de palabras, pero recuerdo que, antes de irse sin pagar (y entre rachas de garabateos en una libreta), había forjado una especie de vínculo silencioso con Murphy.

—Puede que sea escritor. Llevaba una libreta.

Dot me deja claro su desacuerdo con un ruidito.

—Claro... Un escritor que se muere de hambre. Quién sino tú iba a darle un toque romántico a un robo.

—Sí, pero, si fuera por ti, tendríamos uno de esos carteles, los que ves en las estaciones de servicio: «Si no dispones de medios para pagar...».

—¡Oye, eso sí que es buena idea!

—No era una sugerencia.

—Quizá la próxima vez lo tumbe con mi mejor patada giratoria.

Y seguro que lo conseguiría: hace poco que Dot practica *kick-boxing*, pero le dedica una energía envidiable. Siempre está haciendo algo; corriendo indómita por la vida como una criatura salvaje.

En cambio, cree que yo me he guarecido del mundo; acurrucada en un rincón para protegerme de su brillante luz. Quizá tenga razón.

—No pueden usarse movimientos de artes marciales con los clientes —digo—. Política de la empresa.

—Bueno, tampoco habrá próxima vez. Me he quedado con su cara. Si lo veo por el pueblo, le exigiré que nos pague diez libras.

—Pero si solo ha tomado un café.

Dot se encoge de hombros.

—Digamos que es el extra a pagar por un «simpa».

Sonrío y me dirijo hacia la trastienda, pasando por su lado, para imprimir el albarán de la entrega de mañana. Solo llevo un minuto detrás cuando oigo que le grita a alguien:

—¡Hemos cerrado! ¡Vuelva mañana!

Al asomar la cabeza por la entrada del despacho, reconozco la silueta que hay en la puerta. Y, al parecer, Murphy también: está olfateando los goznes con expectación al tiempo que menea la cola.

—Es él —observo, y noto que el estómago se me encoge un poco. Alto y delgado, camiseta gris y vaqueros oscuros. Una piel que revela que ha pasado el verano en el exterior—. El chico que se ha olvidado de pagar.

—Ah.

—Qué capacidades deductivas tienes, eh, ¿Sherlock?

Con un resoplido, Dot abre el cerrojo de seguridad, gira la llave y abre solo una rendija. No oigo lo que dice, pero

supongo que ha venido para saldar la deuda, porque Dot quita la cadena, abre la puerta y lo deja pasar. Sin dejar de menear la cola y patalear, Murphy retrocede mientras él entra.

—Me he ido sin pagar —dice, con aspereza y un arrepentimiento que me desarma—. Ha sido totalmente involuntario. Toma. —Le entrega a Dot un billete de veinte, se pasa la mano por el pelo y me mira. Tiene unos ojos grandes y oscuros como la tierra húmeda.

—Ahora te doy el cambio —respondo.

—No, no hace falta. Gracias. Lo siento mucho.

—Llévate algo. ¿Otro café, un trozo de tarta? Como muestra de gratitud por ser tan decente. —Hay algo en él que parece suplicar un poco de amabilidad.

Todavía queda un poco de *drømmekage*, un bizcocho danés muy esponjoso con coco caramelizado por encima; se traduciría por algo así como 'pastel de ensueño'. Coloco un trozo en una caja y se la ofrezco.

Titubea un instante, se rasca la mandíbula con una barba de tres días, vacilante. Luego, acepta la caja y sus yemas rozan las mías.

—Gracias. —Agacha la cabeza y se va; una oleada de aire cálido y aterciopelado se cuele en la tienda.

—Bueno —tercia Dot—. Es un hombre de pocas palabras.

—Creo que lo he desconcertado con la tarta.

—Sí, ¿a qué ha venido eso? ¿Cómo que «otro café»? —repite—. ¿«Un trozo de *drømmekage*»?

Me resisto como puedo para no sonrojarme.

—Al menos ha vuelto para saldar las cuentas. Lo que demuestra que eres una cínica irremediable.

—Qué va. Con ese pedazo de *drømmekage* apenas hay beneficios.

—Esa no es la cuestión.

Dot alza una ceja tatuada.

—Puede que el jefe no esté de acuerdo. O, como mínimo, el contable.

—No, Ben te diría que debes tener más fe en la humanidad, dar una oportunidad a las personas.

—Bueno, ¿qué vas a hacer esta noche? —Le brillan los ojos con picardía cuando pasa a mi lado en dirección a la oficina para buscar su chaqueta—. ¿No dormirás para ayudar a los demás? ¿Abrirás un comedor de beneficencia?

—Qué graciosa eres. Puede que me pase por casa de Ben un rato, a ver cómo lo lleva.

Dot no me responde. Piensa que mi preocupación por Ben es un escollo, que paso demasiado tiempo absorta en mis recuerdos.

—¿Y tú?

Reaparece, con las gafas de sol colocadas en la cabeza.

—Haré esquí acuático.

Sonrío. «Claro, ¿cómo no?».

—Deberías venir.

—No, soy torpe por naturaleza.

—¿Y? El agua es blandita.

—No, será mejor que...

Me acalla con una mirada.

—Ya sabes lo que opino, Cal.

—Sí.

—¿Te has descargado ya Tinder?

—No. —«Por favor, no me des la lata».

—Podría presentarte a alguien...

—Lo sé. —Dot puede hacer cualquier cosa—. Pásatelo bien hoy.

—Te diría lo mismo, pero... —Me guiña el ojo con cariño—. Te veo mañana. —Y, entre una bruma de Gucci Bloom, desaparece.

Después de que se haya ido, apago las luces una por una y me siento, como suelo hacer, junto al ventanal para inspirar el aroma cada vez más débil del pan y los granos de café. Como si fuera un reflejo, saco el teléfono del bolsillo, busco el número de Grace y llamo.

«No. No puedes seguir así. Para».

Interrumpo la llamada y bloqueo el móvil. He intentado dejar la costumbre que tengo de llamarla, pero me anima ver su nombre en la pantalla, es como un repentino rayo de sol en un día gris y plomizo.

Dejo que mis ojos divaguen y se pierdan a través del ventanal y, de improviso, me topo con la mirada observadora y azabache del hombre de la libreta. Con un sobresalto, empiezo a sonreír, pero es demasiado tarde: clava los ojos en la acera y se transmuta en una sombra que se aleja a toda prisa y se difumina en la tenue luz de la tarde.

No lleva la caja de tarta. O se la ha comido ya o la ha tirado en la primera papelería que ha visto.

4

Joel

Me despierto de repente a las dos de la madrugada. Salgo de la cama lentamente y, tratando de no molestarla, agarro la libreta.

La calidez de la semana anterior se ha disipado y el piso está un poco frío. Me pongo una sudadera con capucha y unos pantalones de chándal, y voy a la cocina.

Sentado ante la barra americana, lo apunto todo.

Mi hermano pequeño, Doug, estará encantado. He soñado que su hija Bella ganaba una beca deportiva para la escuela privada del pueblo el año que cumpla los diez. Será una nadadora pija y excepcional, al parecer, y ganará montones de medallas cada fin de semana. Es curioso cómo funcionan las cosas. A Doug le prohibieron meterse en la piscina municipal cuando era niño por tirarse demasiadas veces de bomba y hacerles la peineta a los socorristas.

Bella todavía no ha cumplido los tres. Pero Doug es de la opinión de que nunca es demasiado pronto para explotar el potencial de los niños. Ya tiene a Buddy, de cuatro años, jugando a tenis, y mira *Britain's Got Talent* en busca de inspiración para seguir siendo un padre agobiante.

Claro que mi sueño ha confirmado que valdrá la pena. Escribo una nota y la subrayo tres veces para hablarle de

clubes de natación en cuanto pueda.

—¿Joel?

Melissa me contempla desde el umbral, quieta como una espía.

—¿Una pesadilla?

Niego con la cabeza para indicarle que ha sido un buen sueño.

Melissa lleva una camiseta que es mía, y lo más probable es que se la ponga en su casa también. Le parece que hacerlo es cuco. Yo, en cambio, preferiría no tener que estar haciendo inventarios de mi propio armario.

Se me acerca y se encarama a un taburete. Cruza las piernas desnudas, se pasa la mano por la melena de color rubio rojizo.

—¿Salía yo? —Me dedica un guiño que es tan tímido como escandaloso.

«La verdad es que es imposible que salieras», me gustaría decirle, pero no lo hago. Desconoce la naturaleza de mis sueños, y así es como va a seguir.

Hace ya tres años que Melissa y yo nos vemos una vez al mes, más o menos, sin que haya demasiado contacto entre un mes y el siguiente. Steve charla con ella más a menudo de lo que me gustaría; parece creer que vale la pena conocerla. Incluso a Melissa le hace gracia y ha empezado a hablar con él en el pasillo, solo para chincharme.

Alzo los ojos para observar el reloj de la cocina. Reprimo un bostezo.

—Es plena noche. Deberías volver a la cama.

—Qué va. —Suspira desganada, se mordisquea una uña—. Ahora ya estoy despierta. También puedo quedarme aquí contigo.

—¿A qué hora comienzas a trabajar? —Melissa lleva la relación con la prensa de la división londinense de una